

El precio de tener hijos.

Cómo el sistema hace de la crianza un privilegio de clase.

1. Las condiciones del cambio.

España tiene una de las tasas de fecundidad más bajas del mundo. En 2025, el índice se situó en 1,1 hijos por mujer, muy lejos del 2,1 necesario para el relevo generacional. En 2025 nacieron 321.164 niños, un 0,99% más que en el mínimo histórico de 2024. No es un cambio de tendencia, sino una fluctuación dentro de una crisis estructural. La cuestión no es por qué la gente no tiene hijos, sino por qué quienes quieren tenerlos no pueden permitírselo.

La tesis de este ensayo es que, aunque nadie ha decidido reducir la natalidad, hay una lógica estructural que produce ese efecto y que nadie cuestiona. La vivienda inaccesible, la precariedad laboral, la falta de conciliación y un gasto público en familia e infancia muy inferior a la media europea convierten la crianza en un privilegio de clase. Y eso es más inquietante que una conspiración, porque no hay culpables a los que señalar, solo un sistema que hace que tener hijos sea una decisión heroica.

Este ensayo desarrolla cinco ideas:

- La natalidad ha caído porque las condiciones materiales han hecho de la crianza un lujo.
- El coste no es solo económico, también es de tiempo y de carrera profesional, y lo pagan desproporcionadamente las mujeres.
- El Estado no ha asumido su responsabilidad, con un gasto en familia e infancia que es la mitad de la media europea.
- La comparación con Francia, Suecia y Alemania demuestra que las políticas públicas importan.
- Es posible revertir la tendencia con medidas concretas que no obliguen a nadie a tener hijos, pero que permitan a quienes quieran tenerlos hacerlo sin arruinarse.

2. El precio de un hijo.

El primer obstáculo es la vivienda. En España, el 85,5% de los jóvenes de 16 a 29 años sigue viviendo con sus padres y la edad media de emancipación ha alcanzado los 30,2 años, un récord histórico. El precio medio del alquiler cerró 2025 en 14,7 €/m², tras una subida del 8,5% interanual. Para una persona joven, el alquiler de un piso medio equivale al 98,7% de su salario. Sin vivienda no hay proyecto de vida y sin proyecto de vida no hay hijos.

La precariedad laboral agrava el problema. El 29,2% de los jóvenes de 16 a 34 años está sobrecualificado para el puesto de trabajo que ocupa. Tiene estudios, pero sus empleos están por debajo de su formación, con salarios que no permiten ni el alquiler ni el ahorro. La temporalidad y los bajos salarios no son un accidente, sino el resultado de un mercado de trabajo diseñado para la flexibilidad, no para la estabilidad, que es una condición necesaria para tener hijos.

El coste directo de criar a un hijo es otra barrera. Desde pañales hasta la universidad, el gasto se acumula sin que el Estado lo compense. Las ayudas directas son escasas y están mal diseñadas, y el gasto público en protección social destinado a la infancia y la familia representa solo el 1,5% del PIB, frente al 2,4% de la media europea. La pobreza infantil afecta a más de 2,7 millones de niños y adolescentes en España, el 34,5% de la población menor de edad. En España, tener hijos empobrece.

3. La trampa del tiempo.

El coste no es solo económico, es también de tiempo y ese coste lo pagan desproporcionadamente las mujeres. En 2025, el 72,3% de las personas cuidadoras en España eran mujeres, un porcentaje que se mantiene año tras año. Entre las personas ocupadas, el 42,1% de las mujeres tenía responsabilidad de cuidado de familiares, frente al 38,3% de los hombres. Y una de cada tres mujeres tuvo que cambiar sus condiciones laborales para cuidar, frente a menos de dos de cada diez hombres.

Esa desigualdad en el cuidado se traduce en desigualdad en las pensiones. En 2025, según el INSS, la brecha de género en las pensiones era del 22,80%. Las mujeres cobran menos porque han tenido carreras laborales más cortas, más interrupciones y más parcialidad. La crianza, que debería ser una decisión compartida, sigue recayendo sobre las mujeres, y el sistema lo penaliza. No es una elección libre, es una estructura que empuja a las mujeres a elegir entre la maternidad y la carrera profesional.

La falta de permisos igualitarios e intransferibles agrava la trampa. En España, el permiso de paternidad ha avanzado, pero sigue siendo insuficiente para transformar la distribución del cuidado. Y la red de escuelas infantiles públicas es desigual por territorios, con listas de espera y horarios que no se adaptan a las jornadas laborales. La conciliación no es un problema individual, es un problema de diseño institucional.

4. El relato del sacrificio.

La maternidad sigue siendo un mandato cultural y, al mismo tiempo, una carga. A las mujeres se les dice que deben ser madres, pero también que deben trabajar como si no tuvieran hijos y criar como si no trabajaran. La "buena madre" es la que todo lo puede, la que no se queja y la que sacrifica su carrera, tiempo y salud sin que nadie le reconozca el esfuerzo. Ese relato no es neutro, es una forma de control social.

La natalidad también se ha convertido en un arma política. La ultraderecha reclama políticas natalistas en nombre de la patria y de la identidad, pero no propone medidas concretas para hacer compatible la crianza con la vida moderna. El discurso del deber patriótico oculta la realidad material, porque sin vivienda, salarios dignos y servicios de cuidado, la natalidad no se recupera.

El relato del sacrificio también tiene una dimensión de clase. Las mujeres con recursos pueden permitirse externalizar el cuidado, contratar una cuidadora, pagar una escuela infantil privada y reducir su jornada sin que su carrera se resienta. Pero las mujeres con menos recursos no tienen esa opción. La crianza, como tantas otras cosas, se ha convertido en un privilegio de clase.

5. La ausencia del Estado.

El Estado no ha asumido su responsabilidad. El gasto público en familia e infancia en España es del 1,5% del PIB, frente al 2,4% de la media europea, y está muy lejos de países como Francia, Suecia o Alemania, que destinan entre el 3% y el 4% del PIB a políticas familiares.

La comparación europea es reveladora. Francia tiene una tasa de fecundidad de 1,56 hijos por mujer, gracias a un sistema de ayudas directas, permisos parentales y escuelas infantiles gratuitas desde los 3 años. Suecia combina permisos de maternidad y paternidad largos y bien remunerados con una red de guarderías públicas de calidad, y su tasa es de 1,34 a 1,45. Alemania, tras las reformas de la década de 2000, ha estabilizado su tasa en torno a 1,30-1,39, con bonos por permiso paternal y una ampliación de la educación infantil.

España, en cambio, ha confiado en medidas puntuales y mal financiadas, como ayudas directas escasas, permisos insuficientes y una red de escuelas infantiles desigual. La Prestación Universal por Crianza, anunciada por el Gobierno, es un paso en la dirección correcta, pero su impacto dependerá de su cuantía, de su cobertura y de su compatibilidad con el trabajo. Sin una apuesta decidida por la conciliación, la vivienda y los servicios de cuidado, la natalidad seguirá siendo un privilegio.

6. Lo que no se dice.

Hay un tema que rara vez se aborda: la inmigración como parche. España necesita inmigrantes para sostener el empleo y las pensiones, pero no les ofrece condiciones dignas. La paradoja es cruel, porque se importa mano de obra joven mientras se dificulta la natalidad de los residentes. El país envejece, la población activa se reduce y la dependencia aumenta, pero las políticas que podrían revertir la tendencia no se implementan.

La lógica del sistema es perversa. Las élites no quieren reducir la población, pero tampoco quieren pagar el coste de sostenerla. Prefieren un modelo en el que la natalidad dependa del mercado, no de los derechos.

Y mientras tanto, la crisis de la natalidad se convierte en una crisis de cuidados, de pensiones y de cohesión social.

7. La vida con hijos.

La natalidad no se recupera con discursos, sino con políticas concretas que hagan posible la crianza sin arruinarse. No se trata de obligar a nadie a tener hijos, se trata de que quienes quieran tenerlos puedan sin renunciar a su proyecto de vida.

La libertad reproductiva incluye el derecho a no tener descendencia, pero también el derecho a procrear en condiciones dignas.

Las políticas que podrían implementarse en España empiezan por cinco medidas:

- i. Un parque público de vivienda asequible para jóvenes, con alquileres regulados y acceso prioritario para familias con hijos.
- ii. Permisos de maternidad y paternidad iguales, intransferibles y bien remunerados, para que el cuidado no recaiga solo sobre las mujeres.
- iii. Una red universal de escuelas infantiles gratuitas de 0 a 3 años, con horarios adaptados a las jornadas laborales.
- iv. Una prestación económica por hijo que cubra al menos el coste básico de la crianza y que sea compatible con el trabajo.
- v. Una ley de conciliación que obligue a las empresas a adaptar horarios y a ofrecer flexibilidad sin penalizar la carrera profesional.

Son políticas que se aplican en Francia, Suecia y Alemania, y que han demostrado que la natalidad no es una cuestión de deseo, sino de condiciones.